

Al revés que en Guadalete, donde los soldados de Cristo eran los mas, los del Profeta los menos, en el Duero los guerreros del cristianismo eran infinitamente menos en número que los combatientes del Islam. Y sin embargo, el Koran y el Evangelio van á disputarse otra vez el triunfo en los campos de Simancas como en los campos de Jerez. No importa la desigualdad del número á los cristianos: con las contrariedades de dos siglos se ha enardecido su ardor bélico, y son los vencedores de Osma y de Madrid. Antes de cruzarse las armas se eclipsa el sol, como si esquivase alumbrar el sangriento espectáculo que se preparaba: este fenómeno natural difunde el asombro en los dos campos, y todos sacan consecuencias fatídicas temiendo tener contra sí la ira y el enojo del cielo, porque todos son supersticiosos, cristianos y musulmanes. Dáse al fin la pelea, y la clara luz del sol de otro día, mas resplandeciente ya de lo que entonces los mahometanos hubieran querido, enseñó á los cristianos con admiración suya el prodigioso número de infieles que en el campo había dejado tendidos el filo de sus espadas. La larga tregua que despues hubo de ajustarse entre Ramiro II y Abderrahman III prueba mas que las relaciones de batallas la pujanza que había alcanzado ya la monarquía leonesa.

Aprovechó el califa esta paz para atender á la guerra de Africa y para dotar al imperio de escuelas, de palacios y mezquitas: aprovechóla el rey de Leon para fundar monasterios y dotar iglesias ó reedificarlas. Esta era la marcha de las dos religiones y de los dos pueblos.

Ramiro II se despidió de los moros con otra batalla, de su hijo Ordoño trasfiriéndole el cetro, y del mundo vistiendo el hábito de la penitencia.

Con Ordoño III, aunque sin culpa suya, comienzan á romperse los lazos que unían á los diferentes jefes de los cristianos, y se conjuran contra el nuevo monarca su hermano, su suegro y su tío. Comprendemos que á Sancho le punzara la ambición de reinar; que la política de Fernan Gonzalez fuera debilitar la monarquía leonesa para labrar la independencia castellana; pero no alcanzamos lo que pudo impulsar á García de Navarra á romper la buena armonía en que su padre había vivido con tres reyes de Leon consecutivos. Ordoño en un arranque de indignacion por la deslealtad de Fernan Gonzalez, su suegro, se divorcia de la reina: único ejemplar que seamos de una princesa que ha subido al trono en premio de un juramento de fidelidad de su padre, y que desciende de él en castigo de haber quebrantado su padre aquel mismo juramento; como si mas que reina fuese una prenda pretoria depositada en garantía de un contrato.

Ocupa al fin Sancho por muerte de su hermano Ordoño III el trono que anticipadamente había intentado asaltar, y el conde Fernan Gonzalez de Castilla tuerece repentinamente el giro de su política, y de auxiliar que ha sido de *Sancho pretendiente* se muda en enemigo armado de *Sancho rey*; y es que quiere sentar en el trono á Urraca su hija, la repudiada de Ordoño III, que ha pasado á ser esposa del que va á ser Ordoño IV, todo por negociaciones de su padre Fernan Gonzalez, que parecia especular en tronos con su hija. Es difícil bosquejar bien el complicado cuadro de sucesos que produjo la conducta incierta del voluble, ó si se quiere, del político conde. Merced á ella, Sancho el Gordo, siendo ya *rey legítimo*, vióse destronado por el mismo que había querido hacerle *rey intruso*, y forzado á buscar un asilo al amparo de su tío García de Navarra.

Para que todo sea irregular y anómalo en esta época confusa y revuelta, Sancho el Gordo, destronado por los suyos, pasa de Pamplona á Córdoba á curarse de su inmoderada obesidad, y encuentra en la corte del califa médicos musulmanes que le restituyan su agilidad primitiva y un emperador mahometano que le ayude á recuperar su trono. Y el rey cristiano, depuesto por un príncipe, un conde y un ejército cristiano, es restablecido por un sucesor de Mahoma y por soldados del Profeta. Cristianos y musulmanes sacrifican otra vez el principio religioso ó á la ambición ó á la política. No podia prosperar mucho la causa de la fe cuando los cetros se conquistaban al abrigo de los estandartes infieles.

Ordoño el intruso huye cobardemente á Asturias, de donde

le arrojan las armas victoriosas de Sancho: busca un refugio en Burgos, y los burgaleses le arrebatan su esposa y sus hijos, y le envían donde su buena ó mala ventura le valiera; y Ordoño el Malo, rey sin trono, marido sin esposa, padre sin hijos, lanzando de Leon, arrojado de Oviedo, expulsado de Burgos, acaba su vida desastrosamente entre los moros, sin dejar otra cosa que la memoria de algunas tiranías que ejerció siendo rey, y el sobrenombre de Malo que le ha conservado la posteridad. A pesar de haber reinado mas de tres años, ni siquiera ha obtenido un lugar en la cronología.

Parecia que Sancho debería haber perdido prestigio en el pueblo cristiano y devoto por haber debido la recuperacion del trono á los auxilios de un mahometano. Pero Sancho obtiene del califa el permiso de trasladar el cuerpo del santo mártir Pelayo á Leon, y el pueblo leonés, entretenido con la solemne procesion de las santas reliquias, olvida que tiene un rey por la gracia de Dios y del vicario de Mahoma.

La traicion y el veneno pusieron fin á los dias de Sancho, y el rey cristiano que había debido su salud á médicos musulmanes en la corte mahometana, perece emponzoñado en su propio reino por un conde cristiano súbdito suyo. La nobleza y la generosidad de los árabes correspondian entonces á la grandeza y á las virtudes de sus califas: el imperio árabe estaba en su época de engrandecimiento. Las costumbres de los cristianos se resentian de las pasiones de sus príncipes y de sus magnates: el reino cristiano iba á entrar en un período de decadencia. Todo guardaba armonía.

Descúbrese en la conducta de Fernan Gonzalez, que no se olvidaba nunca del fin á que lo encaminaba todo. De genio altivo y ánimo arrogante, conocedor de su propio valer, sabiendo lo que podia esperar de su corazón y de su brazo, amante de la independencia y al frente de un país que pugna por adquirirla, fijóse en el pensamiento de emancipar á Castilla de los reyes de Leon, y de fundar en ella una soberanía. Achaque suele ser de los escritores apasionarse de los personajes eminentes que nacieron en el mismo suelo que ellos y le ilustraron con hazañosos hechos y heroicas acciones, viendo solamente en ellos lo grande del héroe, nada de lo flaco del hombre.

No nos cegará á nosotros aquella circunstancia para dejar de reconocer que si grande fué el fin, justificado el propósito, admirable la perseverancia, mucha la destreza, asombrosa la actividad é indisputable el denuedo y el brio con que el conde castellano llevó á complemento su obra, no aparecen á nuestros ojos tan plausibles todos los medios que empleó para realizarla. En su manejo con los monarcas de Leon Ramiro II, Ordoño III, Sancho I y Ordoño el Malo, así como con el rey García de Navarra, auxiliando y contrariando alternativamente á unos y á otros, ó trabajando sucesivamente para entronizar ó destronar á unos mismos, ó jurando fidelidad y quebrantándola, creemos que es menester vengan muy en su auxilio las necesidades ó conveniencias de la política para neutralizar los juicios que pudiera inspirar la moral severa. Notamos no obstante con orgullo, entre otras nobles cualidades del conde Fernan Gonzalez, la de no haberse aliado nunca con los sarracenos ni transigido jamás con los enemigos de su patria y de su fe: cualidad que deseáramos poder sacar á salvo en mas de un monarca cristiano y en mas de un celebrado campeón español de los que en la galería histórica irán apareciendo.

Traigan tambien apasionados escritores la independencia de Castilla de tan antiguo como quieran. Nosotros, citándonos á los datos históricos, no podemos anticiparla á la mitad del siglo X, y á la época en que vemos al ilustre conde obrar ya de su cuenta y sin sujecion á los reyes de Leon, antes bien lanzando de aquel trono al monarca reconocido, y colocando en su lugar, siquiera fuese sin derecho, á un deudo suyo. No señalaremos el dia preciso en que Castilla pudo decirse independiente, porque no hubo dia de solemne proclamacion, ni leemos en parte alguna que se alzaran en determinado dia pendones en las plazas públicas gritando: «Castilla por el conde Fernan Gonzalez!» Castilla y su conde fueron ganando la independencia lentamente y de hecho, al compás y en la escala á que los esfuerzos de Fernan Gonzalez iban alcanzan-

do, y entre oscilaciones, alternativas y contrariedades, á la manera de aquel que despues de luchar con las vicisitudes de una enfermedad penosa llega á encontrarse en buen estado de salud, sin que pueda señalar el momento preciso en que la recobró.

Vamos ahora al imperio árabe.

II. Nos es tanto mas necesario bosquejar la fisonomía del imperio musulman en esta época, cuanto que nuestros cronistas é historiadores apenas usan otro dictado que el de bárbaros para nombrar á nuestros dominadores árabes. Las creencias religiosas como las opiniones políticas suelen de tal manera cegar la razon de los hombres, que no les permiten ver en sus adversarios ni cualidad buena, ni accion digna de alabanza. Puede disculparse este apasionamiento en los que fueron actores ó testigos presenciales de aquella lucha sangrienta, é injustamente por los extraños provocada. Nosotros, hombres de otro siglo, tan sinceramente religiosos como nuestros mayores, pero no perturbada nuestra razon ni enardecida con escenas que por fortuna no presenciáramos debemos juzgar con mas imparcialidad á los hombres de aquel tiempo, fuesen adversarios ó amigos. Por lo mismo que estamos mas tranquilos, tenemos obligacion de ser mas desapasionados.

Príncipes muy esclarecidos había dado ya la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas al imperio árabe-hispano en el siglo y medio transcurrido desde su fundacion en 756 hasta la muerte de Abdallah en 911. Siete emires, ó sean califas, habían ocupado en este espacio el trono musulmico de Córdoba, y á pesar de los excesos y lunares de algunos de ellos, pocas dinastías reinantes pudieran presentar una serie de soberanos de tan altas dotes como lo fueron la mayor parte de los Omníadas. Desde el primer Abderrahman, figura histórica, bella y esbelta como la célebre palma que plantó en Córdoba por su mano, grande y colosal como la soberbia mezquita que comenzó, pocos dejaron de señalarse ó por su ingenio ó por sus hechos de armas hasta Abderrahman III, en que comienza el período en este nuestro capítulo comprendido.

Acontecía á Abderrahman III de Córdoba lo que á Alfonso III de Asturias. A ambos les habían precedido dos ilustres príncipes de su mismo nombre, cuya gloria y fama era muy difícil igualar, cuanto mas exceder. Pero los grandes hombres y los grandes ingenios nunca hallan agostado el campo de la gloria, porque le fecundizan ellos mismos. Y así como el tercer Alfonso supo elevarse sobre los dos predecesores de su nombre, así el tercer Abderrahman halló todavía cosecha abundante de laureles que sus antecesores no habían cosegado.

Todo fué grande en la exaltacion de Abderrahman III al califato, y todo hacia á los musulmanes augurar bien de su elevacion. El viejo Abdallah dió una gran prueba de prevision y de tacto en proclamar sucesor del imperio á un nieto sin padre, vástago tierno cuyos frutos solo en lontananza era dado prever, con preferencia á un hijo reputado ya de guerrero insigne, y con quien había compartido los cuidados del gobierno. Grandeza de ánimo y abnegacion admirable fué necesaria en Almudhaffar para verse pospuesto por su padre á un jóven sobrino hijo de un hermano rebelde, y no solo no darse por sentido, sino constituirse de entonces para siempre en el mas decidido sostenedor y el mas firme y constante auxiliar del proclamado. Y sobremanera relevante debía ser el mérito precoz del nieto del califa para ser recibido por el pueblo musulman con tan unánime y universal aplauso. Cuando un imperio cuenta en la familia de sus príncipes hombres de la prevision y tacto exquisito de un Abdallah, de las aventajadas prendas de un Abderrahman, y de la generosidad y prudencia de un Almudhaffar, aquel pueblo está en el camino seguro del engrandecimiento. Tal aconteció al imperio árabe-hispano.

Sin unidad y sin tranquilidad interior es imposible que prospere un pueblo, y Abderrahman y Almudhaffar se dedican á acabar con las añejas y envejecidas rebeliones que le traían desgarrado. Ambos rivalizan en energia: en el Mediodía el uno, en el Oriente el otro, á la presencia del prudente y simpático Abderrahman, al brillo de la espada del intrépi-

do y fogoso Almudhaffar tiemblan y huyen los insurrectos, las fortalezas enarbolan el pabellon del legítimo califa, y ni en los riscos de la Alpujarra ni en las crestas del Pirineo logran hallar abrigo seguro los rebeldes. Zaragoza, de tanto tiempo en poder de los sediciosos; Toledo, segregada del imperio mas de medio siglo hacia; Toledo con sus altos muros tenidos por inexpugnables, todas abren sus puertas al emir Almunenín, y el imperio árabe-español recobra la unidad rota hacia cerca de doscientos años.

Mayor gloria para los cristianos, mayor lauro para Ramiro y Fernan Gonzalez que han sabido humillar en masa de una lid los estandartes musulmicos conducidos por guerreros como Abderrahman y Almudhaffar en el apogeo de su poder. Y de estar en el punto culminante de su poder daban testimonio los almimbares de las aljamas de Almagreb que resonaban con el nombre de Abderrahman Alnasir Ledín Allah, jefe de los creyentes del imperio africano: dábanle las embajadas de los emperadores de Bizancio y Alemania, de multitud de soberanos de Europa; dábanle las escuadras del califa que cruzaban los mares de Levante, y dábanle el soldan de Egipto que experimentó bien á su costa el poderío y pujanza del soberano cordobés.

Si el sobrenombre de Magnánimo con que los cristianos mismos apellidaban al tercer Abderrahman no indicara bastante cuál había sido su conducta con ellos despues de hecha la paz, publicaríalo la hospitalidad generosa otorgada á Sancho el Craso, y su reposicion, si acaso no del todo desinteresada, por lo menos con todas las apariencias de tal, en el trono leonés. ¿Hubiera sido imposible que Abderrahman se enseñoreara en todo ó en parte del reino de Leon, si tal entonces hubiera intentado, á vueltas de las discordias que en aquella sazón ardian entre castellanos y leoneses? Pero fuese política, ó compasion al infortunio, ó simpatía personal, ó cumplimiento fiel de algun pacto hecho con su favorecido, ú otra causa que la historia no ha querido revelarnos todavía, concedámosle el mérito y á los cristianos la suerte de haberse contentado con el título honroso de protector, sin pretensiones ni reclamaciones de indemnizacion material.

Unia Abderrahman á la magnanimidad la pasion á la magnificencia. Consignada la dejó en aquella maravilla de los monumentos árabes, en el palacio esplendoroso de Zahara, prodigioso conjunto de grandiosidad y de belleza, morada de delicias y de encantos, que mas que otra alguna parece representar los que una imaginacion fantástica acertó á reunir en las *Mil y una noches*: con la diferencia que si estos fueron inventados para dar recreo y deleite con su lectura, los de Medina Zahara fueron una realidad segun los testimonios históricos certifican. Los mármoles y jaspe, los artesanos y jardines de Zahara podrian ser obra de una loca prodigalidad; imposible asociar á ella la idea de la barbarie, con que nuestros cronistas solian regalar en cada página á sus autores.

Cuando la Providencia quiere permitir el engrandecimiento de un imperio, alarga prodigiosamente los reinados de los monarcas mas ilustres. Mas de cincuenta años duró el de Abderrahman III.

El de Alhakem II su hijo fué el reinado de las letras y de la civilizacion, como el de su padre había sido el de la grandeza y la esplendidez. Nombre de bellos recuerdos debió ser para los árabes este de Alhakem II. ¿Y dejáramos nosotros mismos de recordar con admiracion las eminentes dotes de este esclarecido Omníada porque fuese musulman y no cristiano? Esto equivaldria á pretender negar el mérito de los Augustos, de los Trajanos, de los Adrianos y de los Marco-Aurelios, porque estos ilustres emperadores no hubiesen sido cristianos y sí gentiles. A la paz de Octavio en la España romana substituyó la paz de Alhakem en la España árabe, pero no sin que Alhakem, como Octavio César, diera antes pruebas de que si deseaba la paz no era porque no supiese guerrear y vencer, sino porque amaba mas las musas que las lides, los libros que los alfanjes, los verdes laureles de las academias que los laureles ensangrentados de las batallas, y nadie con mas gusto que Alhakem II hubiera mandado cerrar el templo de Jano, si los hijos de Mahoma hubieran conocido las divindades y las costumbres romanas.



Vióse, pues, al cabo de mil años reproducido en España bajo nueva forma el siglo de Augusto: con la diferencia que si en el de Augusto los talentos habían tenido además un Mecenas, en el de Alhakem cada walí y cada jeque aspiraba á ser un Mecenas protector de los sabios y amparador de los buenos ingenios. A los Sécacas, los Lucanos y los Marciales reemplazaron los Abu Walid, los Ahmmad ben Ferag y los Yahia ben Hudheil, y las églogas y las odas reaparecían con el nombre de cásidas, como las célebres tituladas de las Flores y de los Huertos. La corte habíase convertido en una vasta academia, era Córdoba como la Atenas del siglo x, y la liberalidad, largueza y munificencia con que se premiaba las obras del ingenio era tal, que para creerla necesitamos verla por tantos y tan contestes testimonios confirmada. Pero compréndese bien á costa de cuántos sacrificios, de cuánta solicitud y de cuántos dispendios hubo de adquirirse aquella asombrosa colección de 400 ó 600 mil volúmenes manuscritos que constituían la biblioteca del palacio de Meruan.

Hay que advertir, no obstante, que ni este riquísimo depósito de las producciones de la inteligencia, ni la civilización que en aquel tiempo llegaron á alcanzar los árabes, fué obra de solo Alhakem II ni de solo su reinado. La preparación venía de atrás, y era una semilla que había ido desarrollándose y creciendo. Desde que Abderrahman I fundó el califato español, propúsose la dinastía de los Beni-Omeyas aventajar así en civilización como en material grandeza el imperio de sus implacables enemigos los Abassidas de Damasco y de Bagdad. El primer Abderrahman había buscado ya las mayores celebridades literarias para encomendarles la educación de sus hijos, los cuales asistían á los certámenes académicos, á las audiencias de los cadíes y á las sesiones del divan. El fundador del imperio musulmánico de Occidente erigió ya multitud de madrisas ó escuelas, premiaba los doctos, y hasta nosotros han llegado los elegantes versos que él mismo escribió con su pluma. Su hijo Hixem siguió las huellas de su padre y fomentó y propagó la enseñanza. Alhakem I, aunque sanguinario y cruel, era docto y le dieron el sobrenombre de el *Sabio*. Abderrahman II oía y examinaba las producciones literarias de sus hijos Ibban y Othman. Del III hemos visto cómo llevaba á su corte los sabios de todas las partes del mundo y los colocaba en los cargos y puestos mas eminentes del Estado, cómo iba siempre rodeado de un séquito numeroso de astrónomos, médicos, filósofos y poetas distinguidos, y debíale Alhakem II su esmerada educación literaria. Este califa, ilustradísimo ya y aficionado á las letras, alcanzó un período dichoso de paz; ó como el germen de la civilización existía, desarrollóse al amparo de su protección, al modo que las plantas crecen con lozanía cuando después de mucho cultivo y de copiosas lluvias aparece un sol claro, radiante y vivificador.

Una observación nos suministra la lectura de las historias arábigas. Ni un solo literato, ni un solo erudito deja de ser mencionado por sus historiadores. No se verá que omitan jamás los nombres de los doctos que florecieron en cada reinado, con sus respectivas biografías y la correspondiente reseña de sus obras. Cítase con frecuencia el fallecimiento de un profesor distinguido como el acontecimiento mas notable de un año lunar. La narración de un combate empeñado entre dos ejércitos se interrumpe en lo mas interesante para dar cuenta de que allí se encontraba, ó de que llegó á la sazón, ó de que murió á tal tiempo en cualquier punto que fuese tal poeta ilustre ó tal astrónomo afamado. Conócese que estaba como encarnada en aquellas gentes la apreciación del mérito literario, y así correspondía á un pueblo en que los califas eran eruditos, en que los príncipes eran bibliotecarios, y en que los guerreros soltaban el alfanje con que habían combatido para empuñar la pluma y transcribir con ella las escenas mismas en que acababan de ser actores en los campos de batalla.

Anticiparemos, sin embargo, aunque mas adelante tendremos ocasión de hacerlo observar, que era esta una ilustración mas brillante que positiva, mas superficial que sólida y mas poética que filosófica, con cuya prevención ya no nos maravillaremos tanto cuando la veamos desaparecer.

Tal era el estado de los dos pueblos, musulman y cristiano,

cuando murió el ilustre Alhakem Almostansir Billah. Uno y uno van á sufrir grandes mudanzas y alteraciones en su situación física y moral.

### CAPITULO XVIII

#### Almanzor en Córdoba. — De Ramiro III á Alfonso V en Leon

DE 976 Á 1002

Situación de los tres reinos cristianos al advenimiento del califa Hixem II. — Menoría de Ramiro III de Leon — Pónesele bajo la tutela de dos religiosas. — Imprudencias y desórdenes del monarca en su mayor edad. — Irrita á los nobles y proclaman á Bermudo II el Gotoso. — ALMANZOR primer ministro y regente del califato. — Imbecilidad del tierno califa. — Obra Almanzor como soberano del imperio. — Su nacimiento; sus altas prendas; su conducta. — Jura eterna guerra á los cristianos. — Sus dobles campañas anuales. — Sus triunfos. — Fuga de Bermudo II á Asturias. — Toma Almanzor á Leon y la destruye. — Sus victorias en Africa. — Conquista á Barcelona. — Recóbrala el conde Borrell II. — Descripción de las fiestas nupciales del hijo de Almanzor. — Los Siete Infantes de Lara. — Vence Almanzor y hace prisionero al conde García Fernandez de Castilla: su muerte. — Destruye el gran templo de Santiago de Galicia. — Triunfos de los musulmanes españoles en Africa. — Muerte de Bermudo II de Leon. — Alfonso V. — Calamitosa situación de la España cristiana. — Alianza de los soberanos de Leon, Castilla y Navarra para resistir á Almanzor. — Refuerzos que este recibe de Africa. — Famosa batalla de Calatañazor. — Glorioso triunfo de los cristianos. — Almanzor es derrotado después de veinticinco años de victorias, y de cincuenta batallas felices. — Muere en Medinaceli. — Epitafios de su sepulcro.

Podemos anunciar que llegamos á uno de los períodos mas importantes de la dominación sarracena en España. El nombre del personaje que va á la cabeza de este capítulo lo dice también bastante al que no sea del todo peregrino en nuestra historia de la edad media. En el hecho mismo de ponerle al frente, no siendo Almanzor califa, damos ya á entender suficientemente que no va á ser el califa, sino su primer ministro, el alma y el sosten del imperio musulmán y el gran competidor de los cristianos en la época que nos toca describir.

Por una rara y singular coincidencia, de los cinco Estados independientes que se han formado en nuestra Península, á saber, el imperio árabe, los reinos de Leon y de Navarra, y los condados de Barcelona y de Castilla, en los tres primeros y mayores reinan simultáneamente tres niños, Ramiro III en Leon, Sancho Garcés el Mayor en Navarra, Hixem II que ha sucedido á su padre Alhakem II en Córdoba: acontecimiento nuevo para los tres reinos, de donde hasta ahora hemos visto excluidos los príncipes de menor edad. ¿Cuál de los tres tiernos soberanos prevalecerá sobre los otros? Naturalmente habrá de preponderar aquel que tenga la fortuna de ver depositadas las riendas del Estado que él no pueda manejar en manos mas robustas y vigorosas, el que vea encomendada la dirección del reino á persona de mas talento y capacidad, la de la guerra á genio mas activo y emprendedor.

Habíase confiado la tutela y educación del tierno monarca leonés y la regencia del reino á dos mujeres, á dos religiosas, que lo era ya su tía Elvira cuando subió Ramiro III al trono, y entró también después en el claustro su madre Teresa, la viuda de Sancho I. Por fortuna á la natural flaqueza del sexo suplía la piedad y discreción de estas dos mujeres, en términos que no solo marchaba en prosperidad el Estado bajo su gobierno, sino que en una asamblea de obispos y magnates celebrada en Leon (974) se dieron gracias á Dios por los particulares beneficios que el reino disfrutaba bajo la acertada y prudente dirección de las dos piadosas princesas, y principalmente de Elvira, que era la que ejercía mas manejo en los negocios públicos, hasta el punto de decir aquellos próceres, que si por el sexo era mujer, por sus distinguidos hechos merecía el nombre de varón (1). En principios de virtud y en

(1) *Et quoniam scriptum est* (dijeron aquellos ilustres varones) *quia non est discretio apud Dominum diversorum sexuum virorum ac feminarum, sed qui recte credit et recte agit sine dubio vir nuncupatur*, etc. Risco, España Sagrada, tom. 34, pág. 283.